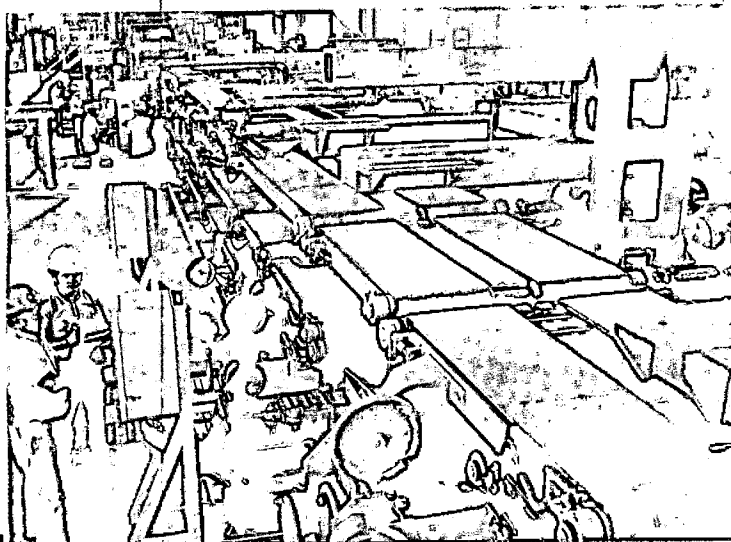


# CRECIMIENTO DESARROLLO Y LIBERACION NACIONAL



PEDRO TRIGO

## UNA ESTRATEGIA ECONOMICA

La estrategia económica que se propone al país se basa en la necesidad de diversificar las exportaciones y de aumentar la capacidad de demanda interna. De este modo el crecimiento económico tomaría un nuevo impulso, dinámico y capaz de autosostenerse.

Ahora bien ¿cómo lograr expandir el mercado interno? Creando puestos de trabajo. ¿Cómo lograr una producción competitiva para exportar? Mediante la aplicación de una tecnología intensiva, que emplea escasa mano de obra. Pero ¿cómo salir de esa contradicción?

Para el Estado esa contradicción no existe porque la oferta de empleos se diversificaría por sectores: Los renglones más dinámicos del sector primario y secundario —petróleo, hierro, aluminio, siderúrgica, electricidad, petroquímica y ciertas ramas de la agroindustria— generarían riqueza y divisas que subvencionarían al sector servicios. Este sería el encargado de organizar, preservar y mejorar el funcionamiento de la sociedad venezolana y la calidad de vida de sus habitantes.

¿Cuál sería el motor de ese diseño? El ingreso petrolero. El se aplicaría simultáneamente a dos frentes: Al frente empresarial como financiador de esa industria para la exportación; y al de servicios como creador de puestos de trabajo para la gran masa de venezolanos. Además tendría que mantener su tradicional apoyo a la estructura industrial de sustitución de importaciones que nació y persevera en régimen proteccionista. Sin olvidar el financiamiento sostenido a la agricultura para que nos autoabastezca y la importación de alimentos no drene peligrosamente la balanza de pagos.

Ahora bien, la industria petrolera ha venido sufriendo una década de progresiva descapitalización. Si no queremos matar a la gallina de los huevos de oro tenemos que sobrealimentarla durante largos años. Es una política suicida agotar el petróleo fácil y lo es igualmente esquilmar a la empresa petrolera nacional impidiendo que capitalice. Esto significa que en los próximos años lo más que se puede esperar del petróleo es que financie lo equivalente al gasto corriente estatal. No hay dinero para más. ¿Y el dinero para las inversiones básicas? ¿Y la subvención a la industria nacional? ¿Y el fomento agrícola?

La solución más tentadora es acudir al empréstito. Pero este expediente, fuera de límites precisos, sólo lleva a aplazar y agravar el problema (1). Sólo en el caso de las industrias básicas y bajo condiciones muy estudiadas podrían pagarse préstamos de modo no demasiado oneroso para la economía nacional. Para todo lo demás los préstamos no solucionan nada y sí lo agravan. ¿Entonces?

Dentro de esta estrategia no hay solución. Trateremos de mostrarlo brevemente. Así descubriremos la índole del problema y su posible salida.

## SUSTITUCION DE IMPORTACIONES: SEGUNDA FASE

Ya en tiempos del IV Plan de la Nación planteaba Pro-Venezuela como primer problema estructural de la industria nacional su virtual es-

tancamiento "como consecuencia —decían— del agotamiento de la primera fase de la sustitución de importaciones y falta de instrumentación de la segunda (bienes intermedios y de capitales) de mayores riesgos y exigencias técnicas y de capital" (2). No hay duda de que el actual gobierno estaría acorde con el diagnóstico y habría basado su política económica en la instrumentación de esa segunda fase. Es más, la habría proyectado a una nueva dimensión apoyado en la coyuntura del auge sin precedentes de los precios petroleros. Esa sería su política como empresario en las industrias básicas y su política como orientador y propulsor del área de la economía privada. Otorgar facilidades y proponer riesgos y ganancias en esta nueva jornada hacia la independencia económica.

En tal sentido propone el V Plan desalentar progresivamente las importaciones de bienes intermedios y de capital "garantizando el mercado interno a las empresas que dentro del país puedan abastecerlo en las condiciones de precio y calidad requeridas para el funcionamiento eficiente de la economía" (3.3.1). Como estímulo a estos empresarios se orientarían las empresas del Estado a producir bienes de capital para "el suministro, a precios moderados, de los insumos estratégicos que necesitan para abastecerse" (id.).

Pero esta nueva dimensión tendría por ámbito natural un mercado más amplio que el nacional. De ahí la estrategia tendiente a "instrumentar todas las políticas y programas necesarios para que la estructura productiva interna genere la oferta correspondiente en favor de nuestra posición competitiva en los mercados internacionales, dentro de términos de precio, calidad y financiamiento de aquellos productos manufacturados que deriven de los recursos naturales, con una elevada agregación de valor interno" (3.3.2). Para eso se promueven empresas mixtas del sector privado y público y empresas multinacionales latinoamericanas.

Se propone nada más y nada menos que acabar paulatinamente en áreas estratégicas de nuestra economía con la importación de insumos y bienes de capital y pasar progresivamente a operar en una economía de mercado abierto. Naturalmente que ambas metas estarían estrechamente relacionadas.

Se propone, pues, no una segunda fase en la sustitución de importaciones sino la transformación integral de nuestro aparato productivo. Naturalmente que quienes diseñaron el plan no pretenden sacar esa conclusión. Pero esa sería su lógica interna, si se hubiera propuesto sinceramente.

## UN CIRCULO VICIOSO

Podemos decir que el operar en un mercado cerrado hace rentable la importación de insumos y bienes de capital ya que, al tratarse de precios administrados, el problema no está en abaratar costos sino en copar rápidamente el mercado, que tiene plazas muy limitadas. Claro es-

tá que en cuestión de rapidez las transnacionales tienen ganada la mano. De ahí, la penetración de las compañías y la tendencia del empresario venezolano a asociarse con ellas. Por otra parte una economía estructurada con tal nivel de costos no puede dejar de ser una economía cerrada. Este círculo vicioso de la economía venezolana forzosamente tiene que conducir al estancamiento. Y el exceso de liquidez acaba por eso expatriándose. "Los beneficios que se consiguen actualmente en Venezuela se consideran entre los más elevados del mundo; según los cálculos de que se dispone, los beneficios del capital fijo, una vez pagados los impuestos, llegan aproximadamente al 25 por ciento, pero, al parecer, la rentabilidad marginal de las inversiones es mucho menor. Las oportunidades de invertir obteniendo la rentabilidad acostumbrada parecen ser limitadas" (3).

## PRODUCIR PARA LA EXPORTACION

¿Se quiere en realidad producir para la exportación? Sin duda que en términos de racionalidad económica todos lo afirmamos como una necesidad. Esa sería la tesis central del programa que diseñara Pro-Venezuela: "Para lograr las materias primas y bienes intermedios con niveles de costos cercanos a los que hoy rigen en los mercados donde nos abastecemos sería indispensable que los recursos mineros que de ellos provienen sean explotados no sólo para proveer a nuestra industria sino para penetrar al mismo tiempo en el mercado internacional. Sólo así podría conseguirse la escala de producción que garantiza la racionalidad del nivel de los costos (o.c. p. 38, cf. 72-80, 150-1, 170-1, 210-23). Y así lo confirman los informes de los expertos que constantemente contratamos: "asumiendo que hay recursos disponibles de capacidad técnica y capital, el éxito en lograr la expansión industrial necesaria para reducir el desempleo depende de la situación competitiva de Venezuela en el mercado internacional. Por lo menos hasta ahora el costo de los artículos manufacturados ha hecho virtualmente imposible las exportaciones" (4). "Los dos problemas económicos principales de Venezuela —la reducción de su dependencia respecto del petróleo y el desempleo— apuntan ambos en una misma dirección: la necesidad de una masiva reorientación de desarrollo futuro del país hacia las exportaciones" (Merhav, o.c. p. 39).

Sin embargo ambos expertos constatan que a la hora de aplicar medidas y asignar recursos —fuera de las industrias básicas, es decir, de la acción directa del Estado— nadie piensa en la exportación. Y ambos dan la razón: producir para exportar no implica ampliar cuantitativamente el aparato productivo —por lo demás es un hecho reconocido el alto porcentaje de capacidad instalada ociosa— implica transformarlo radicalmente. ¿Se quiere en realidad cambiarlo?

## NUESTRO APARATO PRODUCTIVO ESTA ENFERMO LUEGO NO HAY QUE SANEARLO

Sin duda que se reconoce la debilidad de nuestro sistema productivo. En el *Consenso de Santa Lucía* se destacan como las seis primeras características del organismo productivo:

- La deformación y desarticulación de las estructuras económicas;
- la excesiva dependencia que se tiene de la explotación petrolera;
- la vulnerabilidad de nuestro comercio exterior;
- los bajos niveles de aprovechamiento socio-cultural y tecnológico por parte de nuestra población, deficientemente preparada;
- la baja producción y la ínfima productividad de algunos sectores;
- los estrangulamientos de la armazón manufacturera" (5).

Pero de ahí ¿se saca la consecuencia de la necesidad de una reestructuración integral? Nada de eso. Más bien todo lo contrario: se trata de extremar las tendencias del sistema. Se insiste en aumentar la versatilidad para copar rápidamente los nuevos mercados, pues ese es el método —sin duda el de las transnacionales— de optimizar las ganancias. Y a eso lo llaman acelerar el desarrollo: "El aprovechamiento de la tecnología constituye un desideratum inaplazable en estos tiempos. Deben establecerse prioridades para aquellas industrias novedosas en las cuales las nuevas tecnologías rindan beneficios elevados e inmediatos" (o.c. p. 41). Así sí puede sostenerse que "el cumplimiento de los planes tendrá que adquirir el rango de obligación patriótica" (o.c. p. 44).

Pro-Venezuela, en el estudio prospectivo antes citado, reconoce paladinamente el carácter artificial de nuestra industria: "Una interrupción de la política de exoneración implicaría un desmantelamiento industrial de grandes proporciones y una fuga de capitales con el consabido efecto negativo sobre la balanza de pagos o en el mejor de los casos, la aplicación de estos capitales en actividades de menor productividad

social" (o.c. p. 35). Por eso se declara en contra de un sistema de protección industrial restringido a las primeras fases de la empresa (5 años): "La temporaneidad proteccionista supone que una industria puede y debe operar internamente con paridad competitiva versus los precios internacionales, en su mayoría de dumping, condición que todavía no llena a satisfacción la industria nacional" (o.c. p. 34-5).

Lo que no se quiere reconocer es que esta situación no es coyuntural sino estructural. No es que todavía no es competitiva nuestra industria sino que en estas condiciones nunca lo será. Pero ¿no se insistía en pasar a la segunda fase de la sustitución de importaciones porque se había cumplido la primera? Ahora descubrimos que no se trataba de pasar a otra fase porque la primera quedaba asentada sino porque esos mercados, aunque artificialmente, estaban copados y no podía realizarse ya en ellos la tasa de ganancia que requiere nuestro capitalismo parásito y voraz. Ese pánico a sincerarse y dejar las andaderas revela la estructura insana de nuestro aparato industrial: Los oligopolios controlan la política industrial.

## OLIGOPOLIOS: RENTABILIDAD VERSUS PRODUCTIVIDAD

El ritmo acelerado y nervioso con que se llevó a cabo en nuestro país a partir del 58 la sustitución de importaciones y las características políticas de la época dan por resultado el que un pequeño número de empresas controle en exclusividad el mercado, imponga los precios y obtenga del Estado enormes ventajas impositivas y aduaneras. Unos pocos grupos mayores con intereses en la agricultura, en la industria, en el comercio y en las finanzas y con estrechas conexiones en el mundo político dominan el aparato productivo nacional. La previsibilidad de la demanda, la falta de competencia, la capacidad para administrar los precios presionando al gobierno y el grado de integración de los circuitos económicos hace altamente rentable el negocio, a pesar de la alta concentración de capital y del costoso servicio de insumos y tecnología. Las exenciones aduaneras, p.e., según los cálculos de Merhav, representarían "de un 20 a un 25 por ciento de los beneficios netos" (o. c. p. 50).

Claro está que esta medida estimula las importaciones y el predominio del capital sobre el trabajo: "favorece a las industrias caracterizadas por una gran densidad de importaciones —en las que los insumos están muy gravados— y discrimina contra las industrias que dependen de materias producidas en el país, inhibiendo la sustitución de los insumos importados por materias primas nacionales" (id.). Sin embargo no hay duda de que mientras la moneda siga alta evita problemas a los empresarios y favorece sus ganancias.

En estas condiciones la tasa de ganancia distorsiona por completo el concepto de productividad; por eso nuestro sector industrial se resiste, como hemos visto, a medirse por él. "La simulación de la producción" (6) llamó ya por los años 48 y 49 Uslar Pietri a este sistema que se iba formando: "Toda nuestra agricultura es hoy artificial. Las carao-tas y el maíz son artificiales como los aviones de lujo. Son artificiales porque sus costos son artificiales. No están determinados por los costos mundiales. Suben por el capricho de quienes controlan el dispendio de la riqueza petrolera convertida en bolívares". "La industria es también artificial. Nuestros costos crecientes sobrepasan como torres los costos mundiales. Son industrias artificiales, que a precios artificiales, que nada tienen que ver con el mecanismo de la economía mundial, venden para un mercado artificial cuyo poder adquisitivo no se deriva de su capacidad propia de trabajo y producción, sino del dinero petrolero que pone en manos de los consumidores un Estado pródigo" (o.c. p. 1284 y 1285).

Si el problema arranca ya de los años 40 ¿tiene algún sentido decir que todavía no estamos preparados para competir? ¿No habría que decir por el contrario que esta conformación económica es la causa de que no podamos competir jamás?

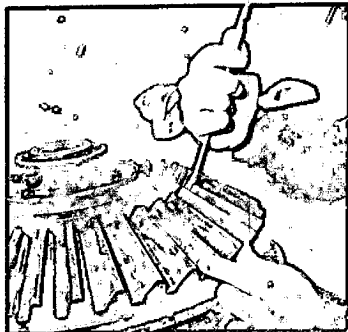
## VESTIDOS DE LA MODERNIDAD AJENA

Entonces descubrimos que nuestro flamante equipo industrial en las actuales condiciones de operación no puede ser considerado como un aparato económico moderno sino como la compra onerosa de unas unidades de producción que, desarticuladas del sistema económico para el que fueron diseñadas, no cumplen su papel de multiplicadores del dinamismo económico de la sociedad. Son más bien fetiches a los que se sacrifica la economía venezolana. Fetiches que erigidos como fines impiden el crecimiento orgánico de la economía nacional. Pero fetiches que rinden buena plata a sus propietarios.

Naturalmente que la tecnología es necesaria. Japón es modelo clásico de comprador de patentes, pero para sacarles el jugo y no para sacrificar a ellas la economía nacional. La modernidad de la tecnología se mide por la capacidad de potencializar el trabajo humano rentablemente. No se mide por la sofisticación de las máquinas, por lo atrevido de su diseño ni por el brillo de sus niquelados; y mucho menos aún se mide por la magnitud de su costo. Un ejemplo, demasiado solitario por desgracia, de tecnología moderna en Venezuela sería el de la explotación forestal de Uverito: Vulgares engrapadoras y cintas de cartón untadas con petróleo para las bolsitas donde van las matas; unas máquinas feísimas, hechas como a retazos, para la plantación; tractores que levantan nubes de tierra para los incendios... Pero las bolsitas protegen a la planta el tiempo preciso y resultan baratísimas y las máquinas plantan en tiempos records y así lo demás. Aunque tienen el defecto de que vendiendo y comprando corotos así no se hace negocio. El negocio de Uverito está en la capacidad de crear rentablemente riqueza nacional. No es el negocio del intermediario, no es el negocio del parásito, es el negocio del productor. Y ese no es el negocio de la burguesía venezolana.

### LA DEPENDENCIA. SU PRECIO

"Las importaciones de manufacturas representa aún casi el 60 por ciento del importe bruto del valor añadido por la industria nacio-



nal" (Merhav, o.c. p. 40). Este índice del año 70 no se ha corregido sustancialmente. Y no se quiere corregir: "Nuestros costos son tanto más bajos cuanto más alta sea la proporción de capital frente al trabajo", dice el estudio citado de Pro-Venezuela (o.c. p. 167). ¿Es esto cierto? ¿No se confunden los costos contables de las empresas con los costos reales que absorbe por hoy el Estado? Que existe esta confusión irresponsable lo evidenciaría el texto citado del acuerdo de Santa Lucía en el que el desideratum para acelerar el desarrollo lo constituyen "aquellas industrias novedosas en las cuales las nuevas tecnologías rindan beneficios elevados e inmediatos". Esto significa que en aras del beneficio rapaz y egoísta se empuja al país a una descapitalización galopante. Este es el precio de esa modernidad comprada conque tan flamantemente nos disfrazamos. "La salida de capitales y rentas fuera del país es, incluso en términos cuantitativos, mucho mayor que el índice de crecimiento de los ingresos procedentes de la industria petrolera" (Merhav, o.c. p. 24-5) Pro-Venezuela calculaba que "el gasto exterior en materias primas y en bienes del tipo indicado (de consumo) creció en el 7.9 por ciento anual durante el período 1964-68. Entre tanto el ingreso exterior ascendió sólo a razón de 4.2 por ciento anual. Posiblemente —añadía el informe— para 1974 las importaciones a que nos hemos referido llegarán a 4.983 millones de bolívares que representarán el 44.7 por ciento de todo el ingreso exterior (o.c. p. 37).

Estos diagnósticos de los primeros años de nuestra década pudieron haberse corregido sustancialmente con el crecimiento vertiginoso de los precios petroleros. Sin embargo no ha sido así. El aumento de circulante —que en 1975 alcanzó la tasa del 47 por ciento (7)— no encontró en el país un mercado suficiente ni para el consumo ni para la inversión y en 1976 salían al exterior 10 mil millones de dólares, cifra equivalente al presupuesto nacional (8). Al menos la mitad de esta suma tendríamos que asignarla al servicio tecnológico, a las rentas del capital y a la adquisición de esas industrias novedosas de que hablábamos arriba. Lo que indicaría que la industrialización tal como se lleva a cabo entre nosotros sería más que su sustitución otra forma de consumo permanente, sofisticado y costoso. De ahí la previsión de Pro-Venezuela: "Un futuro totalmente colonial aguardaría al país, aún en

el caso de que llegare a industrializarse plenamente, si las ramas manufactureras entran a operar como simples tentáculos ultramarinos de compañías multinacionales" (o.c. p. 135).

De ahí que Merhav pudiera sintetizar su diagnóstico del siguiente modo: "El peligro de una futura desaceleración del crecimiento económico de Venezuela reside en tres problemas estructurales —diferentes, pero estrechamente relacionados entre sí— (...): a) la gran magnitud de las sumas que salen de Venezuela formando una corriente (de capitales, rentas, etc.) que asciende a una tercera parte del total de sus transacciones con el extranjero; b) la estructura de su industria, muy concentrada y generalmente oligopolística; y c) el predominio de las inversiones extranjeras y la dependencia de la tecnología extranjera, que con frecuencia se ha de adquirir con... condiciones restrictivas" (o.c. p. 15).

Crecimiento sin desarrollo (9) sería la resultante de la estrategia económica que nuestro subcapitalismo dependiente propone para Venezuela. La estructura oligopólica, radicalmente parasitaria, mediatiza al Estado extrayéndole las ganancias petroleras. Pero su incapacidad creadora la convierte en intermediario para canalizar la riqueza nacional hacia las arcas transnacionales. Las empresas básicas estatales magnifican este esquema. Aunque la nacionalización petrolera y en su medida también la del hierro han aportado un correctivo esencial: tienen que producir ganancias reales. "Tenemos ahora no sólo la responsabilidad de sembrar el petróleo en base a una renta que recibíamos pasivamente, sino también la de administrar eficientemente las empresas que generan esa riqueza" (Silva, o.c. p. 579).

### DESARROLLO Y MARGINALIDAD

Hemos considerado hasta ahora la estrategia económica que se nos propone únicamente desde el punto de vista de la capacidad de crear riqueza nacional. Hemos llegado a la conclusión de que esta meta no se alcanza. Mucho más duramente aún tendríamos que juzgar esta propuesta desde el objetivo, tan recalcado por el V Plan de la Nación, del desarrollo del capital humano.

A nivel de declaración de principios todos lo recogen entre los considerandos para la elaboración de estrategias. El consenso de Santa Lucía p. e. señala en la envolvente política "la irritante desigualdad en la distribución de las riquezas" (o.c. 37) y entre las características del organismo social citan "la existencia de una población marginal, agravada por la tendencia creciente que registra" (o.c. 36). Para el mesurado Carlos Rafael Silva estos serían "sustantivos problemas que no han podido ser resueltos" (o.c. 580).

No es necesario gastar mucha tinta para mostrar que estas consideraciones no se reflejan a la hora de proponer estrategias concretas. "La experiencia muestra en Venezuela que los efectos directos de la inversión en producción reciben la más alta consideración de quienes formulan la política. Al empleo, aunque se le reconozca su importancia, parece que se le ha asignado un papel secundario en el proceso mismo del desarrollo" (Hassan, o.c. p. 174). El aumento de salarios conque se inició el actual gobierno ahora sabemos que fue el pretexto que utilizó Fedecámaras para desatar la escalada incontenible de precios que hoy nos devora. Y el desarrollo de industrias básicas —que es la sustancia del V Plan— coincide en un todo con la proposición de Pro-Venezuela: "Las perspectivas de exportación estarían, dentro del sector capitalista de la economía sólo en aquellos campos en los cuales una alta dotación de capitales haga factible trabajar en condiciones de creciente productividad marginal de la mano de obra" (o.c. 167). Es decir, que la capacidad adquisitiva de los sueldos disminuye y el desarrollo económico no se basa en aumentar significativamente los puestos de trabajo.

Hay quien tiene el cinismo de afirmar que esos son por suerte los problemas del crecimiento (10). Como si el que aumente la renta nacional per cápita pudiera consolar al 80 por ciento de la población que gana por debajo de ella. Calificar a la marginalidad creciente de fenómeno de desarrollo que sería compensado por el aumento del producto y la renta nacionales (o.c. p. 289) supone un grave desprecio al pueblo. Si, como dice el V Plan, "aproximadamente un 70 por ciento de la población no alcanzaba a cubrir sus requerimientos nutritivos mínimos" (2.1) esa destrucción de nuestro pueblo no puede tener contrapartida en ninguna magnitud económica.

"A comienzos de 1974 se constató que, de cada bolívar de ingreso generado, 27 céntimos correspondían al trabajo y los 73 céntimos restantes al capital". Esta correlación que registra el V Plan (2.1.) condensaría la tragedia humana que encierra nuestra estructura económica. Menos del 12 por ciento de la población activa genera en la minería

del petróleo y del hierro y en la manufactura industrial la abrumadora mayoría de la riqueza nacional. El resto se dedica a la artesanía (10 por ciento), a la agricultura (20 por ciento), a los servicios (50 por ciento) o anda buscando empleo.

"Venezuela tiene uno de los porcentajes más bajos en América Latina de empleo manufacturero sobre el empleo urbano total" (Hassan, o.c. 102). En nuestro país se situaría en el orden del 18 por ciento mientras que en el resto del continente alcanzaría al 27 por ciento (id.). "La introducción de una tecnología nueva está ocasionando un lento crecimiento en la demanda de trabajadores de baja capacidad y escasa educación, y un incremento relativamente grande en la demanda por trabajadores bien capacitados y bien educados. Como un gran porcentaje de la fuerza de trabajo es incapaz de superarse ingresando a este grupo rápidamente, los ajustes que pueden hacerse en la oferta de trabajo son más lentos que los cambios en el patrón de la demanda de trabajo. De ello resulta un creciente desequilibrio en el mercado venezolano de trabajo" (id. 173). De ahí la importancia política que ha llegado a adquirir la construcción: por su capacidad de absorber un gran porcentaje de mano de obra no cualificada puede presionar al Gobierno para imponer sus condiciones y mantener su dinamismo expansivo. Aunque la gran mayoría se las arregla como sub-empleado en un comercio improductivo o en servicios muchas veces mal estructurados, mal atendidos y mal pagados. Ya en 1971 concluía Merhav que el más urgente de los problemas socioeconómicos que confronta Venezuela es el desempleo (o.c. 36). Y constataba que el crecimiento industrial no ha contribuido apenas a solucionarlo: "en los últimos años, el número de puestos de trabajo creados en la industria manufacturera ha sido de unos 10.000 por año, en tanto que la fuerza de trabajo ha crecido a un ritmo aproximado de 100.000 trabajadores por año" (o.c. 38). Hay que insistir que la proporción se ha mantenido —unos 16.000 sobre 160.000— y no hay estrategias tendientes a modificarla. Tal como hemos intentado mostrar, la estrategia actual de producir para la exportación no incide significativamente en el mercado de trabajo venezolano. El caso de Guayana comprueba la afirmación de Hassan antes citada: el puesto del criollo en este diseño es el del gerente, el del peón y el del que vende perros calientes.

#### OTRO CIRCULO VICIOSO

El círculo de nuestras relaciones de producción se cierra porque los partidos en el gobierno y las asociaciones gremiales tienden a reproducir el mismo esquema oligopólico de la empresa privada. Ellos también procuran copar el mercado de la representatividad y la legitimidad y para ello utilizan el mecanismo de las promesas y las prebendas, las concesiones y las exenciones. Claro está que un régimen así no puede sanearse, no puede operar en mercado abierto. Es estructuralmente antidemocrático y corruptor. La productividad social del puesto de servicio es en estas condiciones una magnitud marginal. De ahí que los organismos llamados a contrapesar y corregir las pretensiones abusivas de la empresa privada, al operar estructuralmente como ella, lleguen más bien a un reparto de compinches. Las protestas, las amenazas son los métodos de los rufianes para negociar desde posición de fuerza y arrancar una tajada más pingüe. El botón es en este esquema la riqueza nacional.

#### ¿QUIEN LE PONE EL CASCABEL AL GATO?

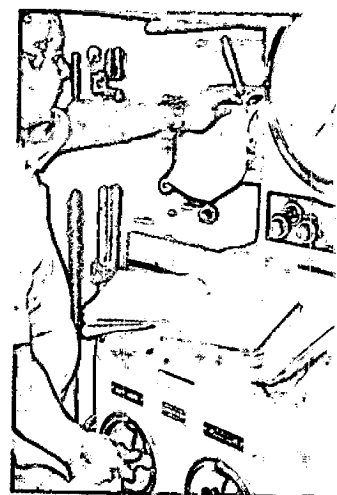
Por ello, siendo conscientes de la dificultad del desarrollo bajo cualquier hipótesis, tenemos que recalcar que el nudo de la cuestión es un problema político: la burguesía, los partidos en el gobierno y los gremios funcionan como una mafia que engorda a costa del desarrollo nacional y que impide cualquier cambio en las relaciones de producción. ¿Quién le pone el cascabel al gato? Prescindiendo de la dificultad de la empresa, habría que preguntarse quiénes estarían interesados en ella. Serían sin duda los que nada tendrían que perder y sí que ganar en un cambio de política económica. No serían ciertamente los grupos mayores de nuestra burguesía, ni los propietarios de la casi totalidad de los medios de comunicación que viven de desorientar y degradar al pueblo, ni los profesionales apegados al actual tren de vida, ni los políticos acostumbrados a sustituir al pueblo y a medrar a costa de su pasividad y descomposición, ni los sindicaleros que engordan por su eficacia en impedir las organizaciones clasistas, ni tampoco por el momento aquella parte del pueblo acostumbrado al camburcito magro pero carente de responsabilidades. Todos los demás: trabajadores, profesionales, políticos y pequeños propietarios, usuarios de servicios, vecinos... todos saldrían beneficiados de un vuelco total en las condiciones sociales del trabajo

en Venezuela.

En el artículo anterior de esta revista hemos insistido en la importancia de las diversas organizaciones populares para inducir a los partidos a cumplir su cometido. Ahora quisiéramos recalcar complementariamente que los instrumentos decisivos para el cambio serán los partidos y los sindicatos. La actual situación de mediatización y desnaturalización de estas organizaciones, que para otros sería el indicador de que no hay nada que buscar por esos caminos, señalaría a nuestro modo de ver su peso decisivo: si hoy por hoy son casi impenetrables es que el status los ha intervenido por ser sus pilares de sustentación. Por eso nos parece que cualquier trabajo de organización popular debe en definitiva coronarse en los sindicatos clasistas y los partidos socialistas. Y estas denominaciones no pueden significar definiciones meramente ideológicas sino diferencias prácticas que consistirían en trabajar no sectariamente sino en bien de las mayorías, aun las no afiliadas y trabajar colaborando y estimulando, valorando como bien propio los logros de la clase en vez de utilizar las luchas concretas como mera palanca para capitalizar un poder sobre la masa.

#### DESARROLLO NACIONAL Y PRODUCTIVIDAD

Sólo desde ese poder será posible liberar a nuestro aparato productivo de su deformación estructural. ¡La capacidad de operar en mercado abierto, la competitividad es una meta necesaria para nuestra eco-



nomía. Tanto nuestro perfil industrial, necesariamente concentrado, determinado por la posesión de petróleo, hierro, aluminio y electricidad, como el perfil poblacional —cada venezolano remunerado debe alimentar a cuatro— inducen perentoriamente la necesidad de una alta productividad. De pocas industrias y de pocos venezolanos depende la riqueza material y humana de todo el país.

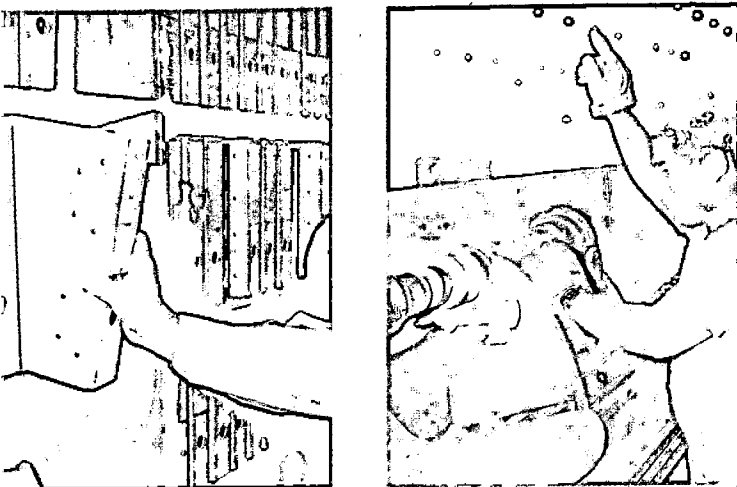
Para lograr esta productividad se ha propuesto una revisión a fondo tanto de la tecnología que se adquiere como de las condiciones de su adquisición; se ha hablado de una planificación más concertada y gradual, de la tecnificación de la mano de obra... Hay acuerdo en la redistribución de la población y el presupuesto para explotar a fondo las posibilidades de cada región. Para eso habría, claro está, que modificar un régimen arcaico de propiedad que en estos años acapara y congela tierras improductivamente; habría que modificar también el suministro de insumos y la comercialización de productos, con lo que, abaratando costos, podrían mantenerse los precios y la rentabilidad. Como en el caso de la industria, también en la agricultura habría que continuar los procesos de transformación de los productos como modo de valorizarlos... Creemos que no faltan entre nosotros planes y propuestas viables, si se diera esta transformación política que postulamos.

#### LA ESCALA DE 1 a 8

Pero ahora quisiéramos referirnos tan sólo a dos medidas que no pueden faltar y que tendrían, pensamos, repercusión a niveles diversos. La primera sería la drástica reducción de la brecha entre los salarios de ejecutivos y de profesionales universitarios y los de obreros y empleados. Esa brecha no puede salvarse por la elevación de estos últimos sino por la disminución radical de los primeros. Y nos referimos no sólo a los salarios de las empresas sino en general a las remuneraciones por los servicios privados —medicina, abogacía y cualquier tipo de gestión. Actual-

mente son sueldos artificiales e inflacionarios. No se basan en la capacidad de elevar la productividad sino en la solidaridad de clase: Es una de las maneras de distribuir entre los que hacen las reglas de juego la alta rentabilidad —para ellos— de esta estructura económica parasitaria y voraz. Y no es sólo la sangría monetaria; es también la manera viciosa cómo esta liquidez presiona sobre el mercado creando una demanda sofisticada basada en la importación o expatriando las utilidades en costosos viajes, compras e inversiones. Pero más grave es aún el que este dinero fácil traslada el foco de la conciencia de cómo producir a cómo gastar. El resultado más grave de los altos salarios es el poco tiempo que se dedica a cada obra —ya que el tiempo vale mucho— y, como no somos genios, las cosas salen atropelladas, inacabadas. El trabajo como aplicación del hombre a la transformación de la naturaleza, del ser humano y de las relaciones sociales va perdiendo consistencia frente al trabajo como medio de acceder lo más rápidamente posible a la mayor cantidad posible de plata. La consecuencia de todo esto es la pérdida de sentido de realidad en esta clase social y la galopante disminución de racionalidad en nuestro sistema económico. La consecuencia para las clases populares es la búsqueda desesperada del título académico —del amuleto, del cartoncito milagroso—; una búsqueda que distorsiona las expectativas, lleva a la elephantiasis del sistema universitario, a la frustración de muchas expectativas y a la pérdida de muchos años de vida útil.

Conocemos una gran cadena de empresas cooperativas, que en-



globa a unos 15.000 trabajadores, cuya escala de salarios va de 1 a 3. Ello obliga a una racionalización creciente de cada proceso y a un gran esfuerzo de solidaridad para aumentar constantemente la productividad de modo que puedan aumentarse periódicamente los sueldos. Naturalmente que sería poco realista intentar algo parecido entre nosotros. En Yugoslavia, cuyo sistema económico-político está basado en los consejos obreros, la proporción se sitúa actualmente de 1 a 5. La discusión en estos meses pasados en Francia entre el Partido Socialista y el Comunista versó como una de las cuestiones capitales sobre la aplicación de la escala 1 a 5 (comunistas) o 1 a 8 (socialistas). No está de más decir que la aplicación entre nosotros de esta última más moderada exigiría o una dictadura férrea o una revolución cultural.

#### SERVICIOS QUE SIRVAN

El segundo aspecto que queríamos comentar se refiere a la productividad de los servicios. Pareciera que nos hemos resignado a considerarlos como la válvula de escape de las presiones populares, algo así como un plan de emergencia por el que el pueblo que no tiene trabajo y no sabe hacer nada participe sin embargo de los beneficios petroleros. Y desde luego sin olvidar que los servicios son ante todo la forma por excelencia del cambur gobiernista. Por ellos mantienen los partidos su clientela, por su disfrute o por la espera. Serían, pues, un modo nada disimulado de renta. Esa sería la causa por la que el que lo disfruta no se sienta obligado con el público sino sólo con aquel que se lo dió.

Y los gremios amparan este concepto rentista de los servicios. Se unen para que nadie los saque y para que aumente el cupón. Por eso se llega al caso de que el 90 por ciento del presupuesto de un hospital se destine al pago del personal. Esto significa que el tal hospital no tiene por finalidad primordial curar enfermos sino calentarles la arepa a unos cientos de venezolanos. Y ese mismo carácter restrictivo y retrógrado

sería la nota de los gremios educativos, asistenciales y de los colegios profesionales. Ellos presionan por aumentar sus proventos, el Estado apenas tiene ninguna capacidad de control y el público carece de fuerza para exigir sus derechos. Total, que lo único que mejoran son los salarios. ¿Nos hemos preguntado alguna vez por su productividad?

Y sin embargo Venezuela necesita perentoriamente servicios eficientes. El país ha cambiado de un modo tan brusco que urge organizar razonablemente la vida civil. La población necesita ser orientada en la vida urbana y capacitada para atender sus obligaciones profesionales, familiares y sociales. El 60 por ciento del país está en edad escolar; son los recursos humanos con los que cuenta el país para proyectarse y tienen que ser debidamente valorizados. Ciertamente que en un plan racional de desarrollo la productividad de los servicios tendría que ocupar un puesto tan alto como la de las industrias básicas. Como que son su más firme palanca.

No es necesario insistir en la conexión de la productividad de los servicios con la posibilidad de establecer una escala, por ejemplo de 1 a 8, en los salarios nacionales. Pues son precisamente los servicios de favor, que sólo hacen calentar la silla, los que más presionan por mínimos muy bajos, cosa que no sucedería si el servicio es socialmente apreciado porque sirve efectivamente a la ciudadanía.

#### CONCLUSION

Pudiera parecer que después de este largo recorrido no hemos hecho sino llegar al mismo punto inicial. Y en cierto modo así es. Nosotros sí creemos que el desarrollo del país ha de basarse fundamentalmente en la transformación industrial de nuestras materias primas. Y que para lograr este objetivo contamos con la capitalización inicial de los recursos petroleros y necesitamos aumentar el mercado interno y producir a nivel de precios internacionales y con capacidad de exportar.

Nuestra insistencia está en que en el actual sistema este plan es imposible por la sangría constante que conlleva la estructura oligopólica y el modo concreto como se ejerce la dependencia externa. Creemos que un Estado que eliminara ambas podría lograr el ahorro y la racionalidad económica que hicieran posible el establecimiento de un aparato productivo competitivo. Creemos que un requisito indispensable para el funcionamiento de estas renovadas relaciones de producción sería la drástica disminución de sueldos a profesionales y ejecutivos. Sólo esa austeridad nos centraría en el trabajo duro de reestructurar nuestra economía y sólo ella podría salvarnos de las inevitables y sostenidas presiones que sobrevendrían.

También sostenemos que aunque la composición de nuestra fuerza laboral podría diversificarse con una reforma agraria a fondo y con la aplicación de una tecnología más adecuada a la manufactura nacional, sin embargo un alto porcentaje debe trabajar en servicios. Pero entendiendo que esa fuerza no constituye el residuo que no sabe hacer nada o no quiere mancharse las manos sino un personal competente y con actitud de servicio, cosa que dado el funcionamiento de los partidos de gobierno y de los gremios hoy es imposible. Por lo que también por este capítulo llegamos a la conclusión de que el nudo de la cuestión es el problema político. Acometerlo requiere pagar un precio. ¿Queremos pagarlo? ○

#### NOTAS:

- 1) Ver p. ej. Iván Pulido: *Fin de fiesta —todo está consumado. Resumen 4:12-77 (14-5)*
- 2) *Pro-Venezuela: Un programa para Venezuela. Imprenta del Congreso, Caracas 1973 (3 1)*
- 3) Merhay: *Posibilidades de exportación de la industria venezolana (papel de trabajo) 6-10-1971 (19; cf. 49).*
- 4) Hassan: *Crecimiento económico y problemas de empleo en Venezuela. Ed. Banco Central de Venezuela, Caracas 1973 (174)*
- 5) *Seminario Venezuela los próximos 20 años. Patrocinado por la Asociación Venezolana de Ejecutivos. Sts. Lucía 7-14 de agosto 1977. Imp. Cromotip, Caracas 1977 (36)*
- 6) Usler Pietri: *De una a otra Venezuela, Obras selectas. Edime 1953 (1360).*
- 7) Silva, Carlos Rafael: *Bosquejo histórico del desenvolvimiento de la economía venezolana en el siglo XX, en Venezuela Moderna, Fundación Eugenio Mendoza, Caracas 1976 (574).*
- 8) Iván Pulido calcula el valor de las importaciones para 1978 en 10.530 millones de dólares. o.c. (14).
- 9) *Venezuela/ Crecimiento sin Desarrollo es el título de un conjunto de investigaciones realizadas bajo la coordinación de Maza Zavala y editados por la UCV en coordinación con Nuestro Tiempo, México 1974.*